

encerró aquel esquife entre las dos lanchas, se apoderó de él sin la menor resistencia, y condujo á la *Capitanu* á los que lo montaban (1). Había entre ellos algunas mujeres cubiertas con una manta de algodón con la que se envolvían púdicamente, y veinticinco hombres que llevaban un ancho ceñidor en la cintura, quienes no demostraron ningun espanto al verse en poder de aquellos extranjeros. Colon les tranquilizó con sus demostraciones de bondad, pero intentó inútilmente el empleo de sus intérpretes, y les interrogó él mismo, por si podía lograr de ellos algunas noticias. Sólo comprendió que volvían del Yucatan, país rico y cultivado. Hizo tomar como muestra diversos objetos de su comercio, en cuyo pago les distribuyó algunas baratijas de que se enamoraron y les devolvió su bote; pero se quedó en calidad de intérprete á un anciano llamado Giumbé, que le pareció inteligente y práctico en la navegacion costanera.

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXIX.

## CAPÍTULO II.

EL ALMIRANTE DESCUBRE LA TIERRA FIRME CERCA DEL CABO CAXINAS, LLEGA AL RÍO DE LA POSESION, SIGUE LA ORILLA Y ALCANZA LA COSTA DE LA OREJA.—CONTRARIEDADES ATMOSFÉRICAS, PADECIMIENTOS DE LAS TRIPULACIONES, AVERÍAS DE LAS CARABELAS.—SINIESTRO EN EL RÍO DEL DESASTRE.—LA ISLA QUIRIBÍ.—DETALLES CURIOSOS ACERCA DE LOS RIBEREÑOS.—LA BAHÍA DEL ALMIRANTE.—LOS ESPAÑOLES SON ATACADOS EN LA LAGUNA DE CHIRIQUI.—COLON BUSCA EL ESTRECHO EN CHAGRES.—EL ISTMO DE PANAMÁ.—EL CABO NOMBRE DE DIOS.—EL PUERTO DE LAS PROVISIONES.—EL PUERTO LLAMADO EL RETRETE.

### § I.

Desde la isla de Guanaja, dirigióse el Almirante al Sud, en busca de la Tierra firme. Descubrióla cerca de un cabo cubierto de árboles que producían una especie de manzanas de hueso esponjoso, que los indigenas llamaban *caxinas*, cuyo nombre siguió dándoles. Así que lo hubo doblado, renovóse la tempestad. Frecuentes aguaceros y súbitas rachas de viento fatigaron de nuevo la escuadrilla. Sin embargo, el domingo 14 de agosto, vispera de la Asuncion, detenido siempre el Almirante en su lecho, mandó que bajasen el Adelantado, el estado mayor y las tripulaciones, para asistir al Santo Sacrificio que celebró el padre Alejandro; pero no pudieron proceder á la toma de posesion, sino que fué preciso volver á las carabelas y comenzar otra vez el combate contra los elementos. Finalmente, el 17 de agosto, en un breve espacio de calma, atracaron en tierra á quince leguas del cabo, en las orillas de un río, y el Almirante dió orden de que tomasen posesion de la comarca en la forma acostumbrada, levantando una cruz grande. Por esta circunstancia dióse al río el nombre de «*Río de la Posesion.*»

Á pesar del viento siempre contrario la escuadrilla navegaba manteniéndose siempre á vista de tierra. Segun las órdenes del Almirante, la pequeña carabela de cincuenta toneladas, la *Viscaina*, se aproximaba cuanto podía á la costa, entraba en todos los golfos y ensenadas un poco anchas, por temor de que dejasen de descubrir el paso ó estrecho por el cual pensaba Colon que debía entrar en los



mares de Levante ó de las Indias orientales. Nunca se apartaban de la costa durante el día, y todas las noches iban á anclar cerca de tierra. La costa es muy peligrosa, á lo ménos hizo que lo pareciera aquel año la gran cantidad de agua que cayó y las tempestades que los expedicionarios sufrieron segun escribia el notario real, Diego de Porras (1). Sin conocerlo, consignaba él mismo la importancia de su observacion, con la que afirma la constante vigilancia con que estudiaba Colon la configuracion del Nuevo Continente. Dice en su diario con cierto tono de desprecio y de orgullosa lástima: El Almirante iba continuamente sin perder la tierra de vista, como quien parte del cabo de San Vicente y va hasta el cabo de Finisterre, viendo siempre la costa (2). Efectivamente, si hubiesen navegado en alta mar, ni habrían de mucho experimentado las fatigas, ni corrido los peligros á que les exponía la navegacion á lo largo de costas desconocidas; pero era necesario sostenerse cerca de tierra para descubrir el deseado Estrecho.

El temporal no cesaba de fatigar á los hombres y á las embarcaciones. Las lluvias torrenciales, el mar agitado, las corrientes contrarias, no les permitian ningun descanso desde que habían salido de los *Jardines de la Reina*. Á veces tomaban tierra por algunas horas en ciertas costas, á fin de observar sus habitantes y producciones. Vieron tambien algunas hordas que hablaban diversos idiomas, pero que no entendían sino imperfectamente el del anciano indio Giumbé, el intérprete. Pintados unos en diversas partes del cuerpo, se honraban ostentando en sus miembros figuras de leopards y ciervos, y llevaban otros camisillas de algodón pintado y corazas tambien de algodón. Los distinguidos se adornaban la cabeza con un gorro de algodón blanco ó la ceñían con una faja de algodón encarnado. Algunos habían dejado crecer en ella un gran mechón de cabellos ásperos. En los días de ceremonias, unos se embadurnaban el rostro de negro, otros de encarnado; éstos se cruzaban de líneas la frente, aquéllos se pintaban de negro el hueco circular de los ojos. Esa extraña manera de vestir, esa elegancia ridícula llenó de asombro al jóven Fernando Colon, quien escribia treinta años despues: «Todos ellos creían ser perfectamente hermosos en aquellos diferentes estados, siendo así que eran horribles como mil demonios (3).»

(1) «Nunca de la costa desta tierra se apartó dia, é todas las noches venia á surgir junto con tierra: la costa es bien temerosa, ó lo hizo parecer ser aquel año muy tempestuoso, de muchas aguas é tormenta del cielo.»—Diego de Porras, *Relacion del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el almirante D. Cristóbal Colon*.

(2) «Iba contino viendo la tierra, como quien parte de cabo de San Vincente hasta el cabo de Finisterre, viendo contino la costa.»—Diego de Porras, *Relacion del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colon*.

(3) Fernand Colomb, *la vie de Cristofle Colomb é la découverte qu'il a faite des Indes occidentales, vulgairement appelées le Nouveau Monde*. Traduction du provençal Cotelendy, tom. II, chap. xxviii.—Chez Claude Barbin, 1681.

Avanzando hacia el Este, vieron unas tribus cuyos hombres, enteramente desnudos, se alimentaban de pescado crudo y carne. La fealdad de sus rostros y la fiereza de su mirada revelaban la de sus costumbres. Cuando los descubrieron, el anciano Giumbé manifestó que eran antropófagos. Yendo más al Este, encontraron tambien una horda notable por la anchura y separacion de las orejas. Hombres y mujeres exageraban aquel género de fealdad, abriéndose en la oreja un agujero bastante ancho para pasar por él un huevo: llenaban aquel hueco con un hueso ó un guijarro bruñido. Esta particularidad le valió á aquel país el nombre de *Costa de la Oreja*.

Estas observaciones eran, empero, accidentales y breves; porque, desde la salida del archipiélago de los *Jardines de la Reina*, no habían cesado de verse molestados por el estado de la atmósfera.

El mar, siempre contrario, obligaba á trabajar continuamente, y la atmósfera, lejos de suavizarse, parecia tener cada vez mayor aspereza. Los marineros sucumbían á tan continuas fatigas, y la mayor parte de ellos estaban enfermos ó se sentían indispuestos. La fuerza de los vientos, la violencia del mar, la falta de sol desalentaban los ánimos mejor templados. Aquellas lluvias torrenciales habían podrido las velas que se caían á pedazos. Se habían perdido áncoras y aparejos, algunos botes y la mayor parte de las provisiones. En cada carabela había varias vías de agua, y era tal la gravedad de la situacion, que cada vez que arreciaba la tempestad, se creían perdidos todos. La tripulacion de la *Viscaina* se había preparado para la muerte, y había recibido los sacramentos de manos del padre Alejandro. En los otros buques, privados los marineros de los auxilios de la Iglesia, viéndose reducidos á la última extremidad, imploraban el perdón de sus pecados, y oían mutuamente sus confesiones. No hubo ni uno solo de entre todos los tripulantes, grande ó pequeño, que no prometiera alguna peregrinacion ó no hiciera algun otro voto particular (1). Varios de los familiares del Almirante se comprometieron á abrazar la vida monástica, si se libraban de aquella muerte inminente.

Varias veces se repitieron aquellas escenas de desolacion, en las lúgubres circunstancias que renovaban las amenazas del Océano.

El mismo Cristóbal Colon confiesa cuán afflictiva era semejante situacion de agonía: «Otras tormentas se han visto, pero ninguna ha sido tan horrible ni ha durado tanto tiempo, hasta el punto que muchos de los míos reputados por intré-

(1) Cristóbal Colon. — «Y todos contritos y muchos con promesa de religion, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habían llegado á se confesar los unos á los otros.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica á 7 de julio del año 1503*.



pidos desmayaron enteramente (1).» Pero lo que más que todo le oprimía el corazón, era el considerar que había expuesto á su tierno hijo á padecimientos tan crueles, y el tener en el peor buque de toda la escuadrilla á su hermano el Adelantado, quien no tenía ningún interés en dicho viaje, ni había consentido en acompañarle, sino por sumisión á sus deseos, de cuya desdicha se acusaba á sí mismo. Otra pena abrumaba su corazón: pensaba en su hijo mayor don Diego, á quien había dejado en España, y que se encontraría huérfano, y quizás despojado de los honores y derechos que le aseguraba su mayorazgo. Afortunadamente lejos de dejarse abatir el joven Fernando por sus propios padecimientos, colmaba de cuidados á su anciano padre y desplegaba una firmeza superior á su edad. Colon escribió: «Nuestro Señor le dió tal valor que él animaba á los demás, y cuando se trataba de maniobrar, hacía él como si hubiese navegado ochenta años, y él me consolaba (2).»

Además de las violencias de la atmósfera, érale preciso combatir una fuerza constante y regular; la mole de agua que fluía en sentido opuesto á su ruta, y que él comparaba exactamente á un río marino. Era la gran corriente pelágica ó corriente ecuatorial, que tan maravillosamente había descubierto y consignado en su anterior viaje. Su fuerza era tal, que, en una navegación continuada de sesenta días, apenas se pudo recorrer un espacio de setenta leguas (3). Á fuerza de perseverancia, alcanzaron finalmente, el día 14 de setiembre, un promontorio que se desviaba bruscamente del Este hacia el Sud. Luego que lo hubieron doblado, dejóse sentir una excelente brisa y calmóse el mar. En nombre de las tripulaciones dió el Almirante gracias á Dios por el súbito alivio de sus males. En señal de gratitud, recibió aquel cabo el nombre de «Gracias á Dios,» que todavía tiene hoy.

En este punto fué despedido con ricos regalos el intérprete indio, el anciano Giumbé, que había tenido también su buena parte de padecimientos, y pareció quedar muy satisfecho de la munificencia del Almirante.

Continuando siempre Colon su exploración en busca del Estrecho, seguía la costa de Mosquitos. Sus carabelas tenían necesidad de carena, sus aparejos de

(1) «Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces que teníamos por esforzados.»—*Cristóbal Colon.—Ibidem.*

(2) «Nuestro Señor le dió tal esfuerzo que él avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba.»—*Cristóbal Colon, Carta á los Reyes Católicos, escrita en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(3) *Cristóbal Colon.*—«Combati con ellos sesenta días, y en fin no le pude ganar mas de setenta leguas.»—*Pedro Mártir consigna con un error la violencia de esa corriente.—«Tantum scribit vim fuisse oppositi torrentis Oceani, quod diebus quadraginta lequas vix potuerit septuaginta percurrere.—Petri Martyris Anglerii, Oceanæ Decadis tertiæ, Liber quartus, fol. XLIX, § D.*

reparación y sus tripulaciones de descanso, iban, pues, en descubrimiento de un sitio á propósito. Como era muy urgente renovar el agua y procurarse leña, el sábado, 17 de setiembre, se detuvieron en la embocadura de un ancho río que los botes de la *Capitana* y de la *Vizcaina* remontaron para procurarse provisiones. Cuando las dos embarcaciones hubieron hecho las provisiones, regresaban al sitio donde estaban las carabelas. En aquel momento entró en el río un violento golpe de mar, é hizo retroceder la corriente que era ancha y rápida; aquel brusco choque levantó y envolvió á los dos botes en sus espumosas olas. El de la *Vizcaina*, que era de una construcción más ligera, zozobró á pesar de la habilidad del bravo contramaestre Martín de Fuenterrabía y de la del aspirante Miguel de Lanaga, sin que reapareciera ninguno de los que lo montaban. El de la *Capitana* llegó salvo con su cargamento. Todos los tripulantes, pero principalmente el Almirante, sintieron muy vivamente aquella pérdida. Lleno el Almirante de aflicción, llamó á aquel lugar «el Río del Desastre.»

## § II.

Esta disminución de personal en la *Vizcaina* obligó á mermar el de las demás carabelas que apenas bastaba ya para las maniobras. Todos se hallaban extenuados por dos meses de continuadas fatigas. Afortunadamente, el domingo 25 de setiembre, entre la pequeña isla de Quiribi y la Tierra firme, se presentó un puerto excelente, situado al frente de una aldea llamada Cariari, que ofrecía una perspectiva deliciosa. Un río mantenía allí la opulenta vegetación que ostentaba todas las formas más pintorescas de la naturaleza equinoccial. Con la belleza de aquel cielo, la magnificencia del lugar y sus balsámicas emanaciones, recobró fuerzas el Almirante. Contemplaba con la ardiente curiosidad del ánimo y la fantasía del poeta la naturaleza especial de aquellos lugares, en los que había un abrigo muy á propósito para la carena de las carabelas. El día de la llegada empezaron á cerrar las vías de agua, á reparar los aparejos, ventilar y secar las provisiones que la elevada temperatura y el agua de mar habían averiado. Tan fatigados se hallaban los marineros, que prefirieron quedarse en sus hamacas antes que saltar á la orilla. El día siguiente, el Almirante no dió permiso para bajar á tierra. Reunidos los indígenas con sus flechas, sus azagayas de madera ó de hierro y sus cachiporras ó macañas, para oponerse á la invasión de los extranjeros, viendo que no salían de sus embarcaciones ni daban muestras de ocuparse de ellos, cesaron sus belicosos preparativos, y la curiosidad pudo más que la desconfianza. Acercáronse á la orilla, haciendo señales de paz y mostrando á los españoles,